

RECUERDO DE EFRAIN HUERTA

por Francisco Prieto

David me lo presentó una mañana soleada —o al menos hoy me ha parecido que fue una mañana soleada— en la editorial Joaquín Mortiz.

Efraín Huerta habló mucho y David traducía aquellos sonidos guturales que eran palabras, oraciones que yo no alcanzaba a descifrar.

No recuerdo de qué conversamos ese día. Lo que sí recuerdo es haberse-me contagiado una alegría de vivir que entonces me faltaba y un sentimiento de confianza ante aquel hombre que poco tiempo antes se autodenominara el último estaliniano. Y recuerdo también haberle pedido, para una revista de escasa circulación un poema en memoria de José Revueltas, pues preparaba yo un homenaje al gran novelista, cuya muerte reciente muchos resentíamos.

Efraín Huerta me citó en su casa cuatro o cinco días después y allí me entregó el poema.

Pasaron dos, tal vez tres meses. El peso había sido devaluado. La revista publicó el poema y le envió al poeta cincuenta pesos. Y digo que el peso había sido devaluado porque así comenzaba la carta que Efraín enviara a la revista *Comunidad* y que ha de haberse perdido entre los escombros de la antigua Universidad Iberoamericana. Recuerdo, no se me puede olvidar, las primeras líneas: "Aunque sea yo un poeta devaluado. . ." Pero recuerdo también que Thelma Nava habló a mi casa para presentarme las excusas de Efraín: no podía haber sido yo quien le enviara los cincuenta pesos.

Sólo nos habíamos visto dos veces. Sentía, de nuevo, la alegría y la confianza en quien primero que nada se complacía enormísimamente de ser *un buen poeta de segunda del tercer mundo*.

Y yo, que he sentido tristeza con su muerte, experimento una alegría honda en contar esta anécdota simplísima de una excelente persona, de un poeta de primera del único mundo posible. Un hombre que supo asumir cada uno de sus actos sin rasgar, ridículamente, ninguna vestidura.

Como cristiano puedo entender su fe y procuro vivir en la convicción suya de que *todo se haya jodido menos el amor*.